

In benedictione Dei et ipse speravi: et quasi qui vindemiat, replevi torcular. Respice quoniam non mihi soli laboravi, sed omnibus exquirentibus disciplinam. Eccli. c. XXXIII, vv. 17 et 18.

Yo tambien esperé en la bendicion de Dios: y llené el lagar como el que vendimia. Mirad que no solamente para mí he trabajado, sino para todos los que solicitan la enseñanza. Eeco. c. XXXIII vv. 17 y 18.

Así como el Espíritu, el agua y la sangre dan testimonio en la tierra de que nuestro Señor Jesucristo es verdadero hombre, así tambien dan testimonio de quienes son los que le pertenecen como miembros vivos de su cuerpo místico, para que aún en este mundo se distingan los que estan escritos en el libro de la vida, de aquellos cuya memoria perecerá para siempre. Tal es el bello pensamiento de S. Bernardo, que, en su sermón segundo *De tribus testimoniis*, explana con toda la maestría de su ciencia y piedad. Oigamos sus palabras.

“¿Cómo puede creerse, dice el Santo Doctor, que Dios abandone en la tierra á sus escogidos, sin darles un testimonio de su amor? ¿Ni qué consuelo pudieran tener jamás los predestinados, si fluctuando siempre entre el temor y la esperanza, no llegaran á tener algun signo de su predestinacion? Verdad es que solo el Señor conoce quienes le pertenecen, y á quienes ha escogido desde el principio; de manera, que ninguno en la presente vida sabe con certeza absoluta, si acaso es digno de amor ó de odio delante de su Dios; mas no por esto debemos entregarnos á una inquietud desesperante, porque hay una palabra fiel y digna de todo crédito que nos declara los magníficos testimo-

“nios de nuestra salud. ¿Y cuál es esta palabra? La que salió de la boca del apóstol Juan, que dijo: tres son los que dan testimonio en la tierra, el Espíritu, el agua y la sangre. En efecto: “habiendo pecado todos los hombres en nuestro primer padre, “fué preciso que con él sufriéramos las consecuencias de su ruina; y por lo mismo, una vez caídos en una cárcel llena de fango y erizada de piedras, todos estábamos cautivos, sucios y profundamente quebrantados, hasta que vino el deseado de las naciones que debia redimirnos, limpiarnos y fortalecernos. Este es, “pues, el que dió su propia sangre para nuestra redencion, el que “dejó salir de su costado abierto una vena de agua para nuestra ablucion, y el que envió de lo alto de los cielos su Santo Espíritu para nuestra fortificacion. Por tanto, todo aquel que se “abstiene del pecado, tiene en sí un testimonio de que la *Sangre* “de Jesucristo no ha sido derramada inútilmente para él; porque “siendo necesario que el que comete el pecado quede hecho “siervo del pecado, es manifesto que quien puede abstenerse “de él y libertarse de su yugo, tiene un certísimo testimonio de “la redencion, cuya causa única es la sangre de Jesucristo. Pero no le basta al pecador la continencia, sin la saludable penitencia. Por lo mismo, todo aquel que se deshace en gemidos, “y noche á noche lava su lecho con sus lágrimas, tiene un testimonio de que está obrando su salud el *Agua* del costado de “Cristo, puesto que así como aquella sangre fué derramada para que no reine el pecado en nuestro cuerpo mortal, así tambien aquella agua purísima salió del pecho de nuestro Salvador, para purificarnos de los pecados que ántes habíamos cometido. Mas ¿qué debemos hacer cuando aún sentimos que “nos falta la fuerza en el camino de la vida, por la debilidad “que contrajimos con el largo uso de nuestras cadenas y la “corrompida atmósfera de nuestra cárcel? Invocar el Espíritu

“vivificante y consolador, seguros de que el Padre que está en los cielos dará su Espíritu bueno á los que se lo pidan; y hé ahí cómo el que anda en la novedad de una santa vida, tiene testimonio de que el *Espíritu nuevo*, es decir, el *Espíritu de Dios* ha descendido sobre su alma. En tres palabras (concluye el Santo), el hombre tendrá en favor suyo el testimonio de la *Sangre*, del *Agua* y del *Espíritu*, si se abstiene del pecado, si hace dignos frutos de penitencia, y si las obras que practica son obras de vida. *Iam ut breviter repetam á Sancti Spiritus et Aqua et Spiritu habere est testimonium, si contines a peccatis, si dignos agis poenitentiae fructus, si facis opera vitae.*”

¡Qué magnificencia de enseñanza, y qué elevacion de sentimientos! Sentada, pues, esta doctrina tan respetable por su autor, tan luminosa por las razones en que se apoya, y tan consoladora por la esperanza que nos inspira, entremos ya á contemplar en la preciosa vida del venerable P. Luis Felipe Neri de Alfaro, el modo extraordinario con que brillaron en ella los testimonios de predileccion con que le distinguió el Señor.

Hablando en primer lugar de la vigilancia en evitar el pecado, del horror al vicio y del continuo esmero en conservar la pureza de la conciencia, bien sabeis que no tengo de referiros la historia de un niño indócil, de un jóven extraviado, ó de un hombre que, por un milagro de la gracia, se salva del naufragio cuando ya estaba casi ahogado en las aguas de la iniquidad. No: nuestro afortunado Luis, fué prevenido desde muy temprano con las bendiciones del cielo, y al entrar en el ejercicio de su razon y de su libertad, le salió al encuentro la sabiduría como una madre honrada (1) para desmenuzarle el pan de vida y de entendimiento, á

[1] *Obviabit illi quasi mater honorificata.....cibabit illum pane vitae et intellectus.....et firmabitur in illo et non flectetur. Eccli. XV.*

fin de que en todos los accidentes de este mundo permaneciera con firmeza y nada fuera bastante á doblegarle en su camino. Por eso le vemos desde niño oír con sumision y respeto los consejos de sus virtuosos padres, obedecerles con prontitud y alegría, entregarse sin repugnancia al aprendizaje de las primeras letras, y sobre todo, tener un gusto particular en las prácticas de devocion, de manera que se le notaba gozo en leer, cuando ya pudo hacerlo, los puntos de la oracion mental que hacia diariamente en union de su piadosa madre, y otros libros que trataban de cosas espirituales, entre las cuales preferia siempre la pasion de nuestro adorable Redentor. ¡Oh! ¡qué grato es contemplar al niño Luis haciendo dos veces en el año los ejercicios de desagravios, para impetrar la clemencia divina! Páreceme, Señores, que en aquel siglo de oro para la Iglesia mexicana, en que las madres oraban al lado de sus inocentes hijos, se reproducia en nuestra pátria aquel espíritu de oracion que en tiempo del Sacerdote Eliachim, hacia que los Israelitas prostraran por tierra á sus niños delante del templo del Señor, para moverle á que estendiera en su favor el poderío de su brazo. (1) ¡Espectáculo tierno, que atraía eficazmente los favores del cielo y libraba al pueblo escogido del furor de sus enemigos!

Mas ahora.....¡oh, Dios mio, qué diferencia! ¡Cómo hemos podido llegar á unos tiempos, en que los padres de familia arranquen del seno de la Iglesia Católica á sus propios hijos, para entregarlos al paganismo, al protestantismo, al masonismo, al ateismo, en una palabra, á las potestades mismas del infierno? ¡Pobres inocentes! Pervertida su inteligencia con mil errores acerca

(1) *Infantes prostraverunt contra faciem templi Domini. Judith, IV. 9.*

de los deberes más estrictos del hombre para con Dios, para consigo mismo y sus semejantes; seco su corazón por la carencia de la moral cristiana, única que puede producir la verdadera virtud y felicidad; envanecidos, por fin, con el aparato de una ciencia vana: pronto caerán en los brazos de la voluptuosidad que les espera á las puertas de la juventud, ésta les entregará maniatados á cualquier secta de Satanás, y entonces ¡ay! siendo el juguete de sus pasiones, perecerán con una muerte temprana y llena de ignominia.

¿En dónde, pues, estará el remedio para precaver tan grande mal? Solo en una educación basada en el temor de Dios, cual la recibió el niño Alfaro. Para ver su resultado, sigámosle por breves momentos en la carrera de las letras, que emprendió en el Real y Pontificio Seminario de México.

Allí, desde su ingreso, se portó con la modestia, decencia, aplicación y moralidad que tanto recomiendan á un buen seminarista. Exacto en la observancia de las reglas de aquel establecimiento, asistía con particular devoción á las distribuciones religiosas, comulgaba con edificante recogimiento, obedecía prontamente á sus superiores, era afable con sus buenos condiscípulos y huía de los que pudieran serle ocasión de tropiezo. Su dedicación al estudio no le impedía el método de vida espiritual que de acuerdo con su confesor se había propuesto, y de esta manera, la ciencia y la virtud crecían á la par en su alma. Al inquirir en Filosofía las causas de las cosas, no solo se recreaba en las maravillas de la naturaleza, sino que se elevaba su entendimiento hasta contemplar la causa primera, para glorificarla en sus obras; y al dedicarse á la ciencia sagrada de la Teología escolástica, su espíritu se penetró tanto de la grandeza de Dios, de su soberana Bondad é infinitas perfecciones, que de-

terminó consagrarse sin reserva al servicio de tan digno y altísimo Señor. ¿Qué importaba en su ánimo el sacrificio de abandonar la corte donde había nacido, de renunciar los honores que se le presentaban y de resolverse á que el mundo estuviera crucificado para él, y él para el mundo? Nada; ántes en esto creyó encontrar su paz, su delicia, su verdadera honra y felicidad. Así es que, apenas recibió en la Real y Pontificia Universidad de México, el grado de Bachiller en sagrada Teología, á los veinte años de su edad, cuando generosamente dejó su suelo natal con cuanto caro tenía en él, y se dirigió á la villa de S. Miguel el Grande, con objeto de solicitar ser admitido en la venerable Congregación del Oratorio de S. Felipe Neri de aquel lugar. Los sabios y experimentados Padres Felipenses encontraron en este jóven una virtud sólida, que no fué desmentida en las pruebas públicas y secretas á que le sujetaron para reconocer su vocación; y en consecuencia, le admitieron gustosos en el número de sus alumnos, abrigando las más lisonjeras y fundadas esperanzas de que á su tiempo daría lustre á la Congregación con el esplendor de sus virtudes. Vestido ya con la ropa de S. Felipe, cuyo nombre quiso adoptar en testimonio de que le había escogido por su patron y modelo, multiplicó sus cuidados por corresponder al llamamiento del Señor. En el noviciado echó profundísimas raíces su humildad, dió suavísimo olor su castidad, creció admirablemente su caridad y edificó á todos con su ejemplo. Preparado con tan felices disposiciones y con un asiduo y bien cimentado estudio de la Teología Moral, ascendió al sacerdocio, en que brilló desde luego como una hacha encendida, colocada por la Divina Providencia sobre el candelero de oro, para iluminar, no solo á la Congregación de su instituto, sino á toda la Iglesia mexicana. Ahora sí, oh Luis! ya están cumplidos tus deseos..... te horrorizaba el mun-

do engañoso, mirabas con desprecio sus pompas, te causaba náusea sus placeres, y más que todo, te hacia estremecer la sola idea del peligro que en él se corre de ofender á Dios: pues ya estás en un asilo seguro, ya estás en la casa de oracion, como el árbol plantado á orilla de las aguas, cuyo verdor no se marchitará jamás.

Así era sin duda, la vida que pasaba Luis en aquella muy ilustre Congregacion, á la cual daba ordinariamente el afectuoso nombre de *madre*. En ella se nutria su alma con la abundancia de las gracias celestiales, recibia el calor vivífico del amor del Esposo, sentia el blando halago de sus caricias, y florecia en santidad, esparciendo por todas partes el aroma de sus virtudes. Mas como el divino Jesus siempre se adelanta en generosidad á las oraciones de sus siervos, quiso conceder á nuestro sacerdote un aislamiento más completo del mundo, una segregacion más absoluta del bullicio del siglo, una tierra en fin, la más feraz y fecunda en que diera los frutos de vida que debia producir: y por esto le trasplantó á este suelo de Atotonilco, en donde creció de dia en dia y llegó muy en breve al estado de la perfeccion. Aquí, léjos de esa sociedad cuyos atractivos pueden seducir al más justo, si no se precave de ellos; aquí, en donde se dedicó á observar sus pasiones para combatir las, á darse cuenta de sus menores movimientos para ordenarlos, y á hermohear su alma para atraer las dulces miradas y complacencias de su amantísimo Jesus; aquí, en este retiro, logró vivir con una conciencia tan pura, tan inmaculada y angelical, que segun la declaracion solemne de su confesor, *las mas de sus confesiones se reducian á estas pocas palabras: "Padre, porque Dios ha querido no tengo ahora ni culpa venial plenamente deliberada y advertida. ¡Oh Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo! ¡Cuán limpias, cuán*

blancas y resplandecientes quedan las estolas de los que se lavan en vuestra sangre! ¡Oh Señor! y ¡cuán grato y delicioso ha de ser para vuestros escogidos este primer testimonio de su eterna predestinacion! Dichoso, pues, nuestro Luis que pudo decir á boca llena: "Yo tambien esperé en la bendicion de Dios:" *In benedictione Dei et ipse speravi*, y por esto me libró de mis enemigos: *Quoniam in me speravit liberabo eum*. Mas pasemos ya á observar el testimonio que el *Agua* del costado de Cristo dió en favor de su siervo: tal es el objeto de la

SEGUNDA PARTE.

Consistiendo esta otra señal de nuestra salud eterna en el espíritu de penitencia, es conveniente detenernos un poco en la consideracion de la práctica de esta virtud. Oigamos de nuevo á S. Bernardo.

"El que hace verdadera penitencia, dice en otro lugar el mismo Santo, (1) no pierde ningun tiempo, porque el pasado lo restaura repasando en la amargura de su alma los años de su vida; el presente lo emplea en el ejercicio de una buena obra; y el futuro lo asegura por la constancia del buen propósito. En cuanto á lo primero, nos dice el Apóstol que *andemos avisadamente, no como necios, sino como sabios: redimiendo el tiempo, porque los dias de esta vida son cortos y llenos de peligros y tentaciones*. (2) En cuanto á lo segundo, nos exhorta á hacer bien á todos, miéntras tengamos tiempo, pero especialmente á los domésticos de la fé; (3) y en cuanto á lo tercero, nos ad-

(1) *Serm. CVI de tribus ad agendam poenitentiam necessariis.*

(2) *Ad Ephes. V. 15*

(3) *Ad Gal. VI. 10*

"vierte el mismo Salvador, que no recibirá la corona, sino sólo el que perseverare hasta el fin." (1)

Y bien, Señores: ¿quién puede dudar que en esto precisamente empleó toda su vida el venerable P. Luis Felipe Neri? Yo no hablaré de las mortificaciones que practicaba desde pequeño, como cuando usaba de una camisa tosca de arpillera, que llevaba encubierta bajo otra de lino, para no hacerse notable; no mencionaré los ayunos y austeridades con que procuraba domar su carne en la lozanía de sus años; ni tocaré siquiera las disciplinas y demás medios afflictivos con que, recién ordenado, se esforzaba en asemejarse á Jesus Nazareno, cuya imagen tenia profundamente grabada en su corazón. Esto y mil otras cosas es preciso omitir; porque fueron tan extraordinarias las penitencias de Luis, que falta el tiempo aún para indicar someramente algunos de sus principales rasgos. Así es ciertamente, Señores: porque ¿en qué no se mortificó Luis? Era tan sobrio y moderado en el uso de los alimentos, que su comida se reducía ordinariamente á un huevo ó á algunas legumbres; pero esto no le era gustoso, sino cuando estaba insípido ó cuando iba condimentado con acíbar, que él mismo le mezclaba, procurando que nadie le viese. Unas veces permitía el Señor que le faltara acción para que el bocado pudiera bajar hasta el estómago, y en tal accidente era atormentado con tan terribles ansias, que sentía ahogarse y se le demudaba el semblante como si fuera ya á espirar; y otras, en fin, en que se entregaba á una señalada penitencia, no le concedía á su cuerpo mas alimento que pan de lágrimas y un poco de ceniza. Su cama estaba despojada de colchon y toda blandura: era mas bien propia para mortificar la carne con su desnudez y dureza, que para proporcionarle algun descanso; y á su ca-

(1) *Math. XXIV. 13*

becera estaba constantemente un esqueleto, cuyo mudo, pero elocuente lenguaje acerca de la vanidad de los placeres mundanos, comprendia muy bien nuestro Luis. Cuando cerraba sus ojos por la necesidad del sueño, su alma muchas veces seguia velando, pues segun confesion de él mismo, soñaba con frecuencia á su amante Nazareno, en el tierno paso de su camino al Calvario. Ya le despertaran los dulces coloquios con su amado, ó ya la costumbre que habia contraído por el espacio de muchos años, él de todas maneras, se levantaba á la media noche, y dirigiéndose á este templo, se postraba reverentemente delante del Tabernáculo de Jesus Sacramentado: allí le adoraba con los sentimientos mas íntimos de su humildad, allí se derretía su corazón por los ardores de su amor, allí por último, se evaporaba su alma con la vehemencia de sus aspiraciones, y subia por la virtud de su contemplacion hasta el Trono de su Dios, como una nube fragante de incienso.

Vuelto en sí de aquellas elevaciones de espíritu, cuya declaracion no es dado expresar á la lengua del hombre, se levantaba para ir, no á continuar su sueño interrumpido, sino á colocarse dentro de un ataúd que tenia guardado para este objeto debajo de ese altar. Contempladle en tales momentos. Su cuerpo estaba tendido boca arriba, sus brazos cruzados sobre el pecho, sus ojos cerrados y su frente humedecida con un sudor de muerte. El pavoroso silencio que en esa hora reinaba en este recinto contribuía á representarle más vivamente la quietud y tinieblas del sepulcro, y muy pronto comenzaban á correr por sus mejillas abundantes lágrimas, con que pedia al Señor le lavara de las manchas de los pecados, infidelidades y miserias con que se creia cargado. Así le sorprendia la luz de la aurora, y considerándose como si Dios por un milagro acabara de resucitarle para que em-

prendiera una vida más fervorosa, salía de allí resuelto á negarse en todo á sí mismo, á tomar esforzadamente su cruz y á seguir con la mayor fidelidad á su dulce y pacientísimo Nazareno. Animado de estos sentimientos, nada deseaba tanto como destruir el imperio del pecado y estender el reino de Jesucristo; y por esto, desde que rayaba el día, se le encontraba aquí dispuesto á oír las confesiones de los penitentes, á quienes acogía con paternal dulzura, mezclando sus lágrimas con las suyas, curándoles luego sus llagas y restituyéndoles, por fin, la salud de su alma.

Llegada la hora de celebrar el augusto y tremendo sacrificio de la misa, armaba su pecho de una gran cruz de agudas puntas, pareciéndole que su corazón estaba todavía helado para un acto tan sublime, y que por lo mismo necesitaba de este abrigo. Pero no era este el único instrumento de mortificación con que se acercaba al altar; sino que habitualmente cargaba tantos cilicios, que solo le quedaban libres las coyunturas del cuerpo, para tener expeditos sus movimientos y disimular hasta donde le era posible su terrible maceración. Todos los viernes del año, todos los días de ejercicios y todos los de retiro espiritual, se ponía una especie de cota que le abrazaba toda la espalda, todo el pecho y la caja del cuerpo; y ciñéndosela fuertemente, hacía que se le clavaran en la carne las innumerables puntas de que estaba sembrada. Pero había para Luis otra ocasión en que redoblaba su penitencia y superaba con mucho todas estas asperezas. Era el viernes santo, Señores, el día en que este Sacerdote se esforzaba en asemejarse, en trasladarse, en identificarse con el pacientísimo Jesús, en cuanto le era dable: entonces sí, no había parte alguna de su cuerpo que no estuviera atormentada, y su alma, sedienta de padecer, apuraba hasta las heces el cáliz del dolor. Ya entendeis que os

hablo de aquella procesion edificantísima, en que se dejaba ver Luis, en las calles de S. Miguel, hecho un vivo trasunto del Varón de dolores. Su cabeza estaba coronada de espinas, que en la realidad rasgaban sus sienes y su frente, haciendo chorrear la sangre por su rostro: llevaba al cuello una gruesa soga, y una pesada cruz cargaba sobre su hombro y parte de su espalda, en que sin duda penetrarian las puntas del cilicio hasta los huesos. En las rodillas y en los pies llevaba ocultas unas láminas ásperas de hoja de lata, que le lastimaban indeciblemente al dar cada paso; y de esta manera caminaba por las calles de la estación, abrumado de inmensa fatiga, y de inexplicables dolores. Llegaba, por fin, al lugar en donde se hacía recuerdo de las caídas que dió Jesucristo por nuestro amor: y entonces, un hombre robusto tirando de los pies de Luis hácia atrás, le derribaba en tierra con la cruz y allí quedaba tirado sin aliento y casi muerto. ¡Oh asombrosa penitencia de Luis! ¿Cómo pudiera explicarse, sino es por que estaba embriagado con el *Agua* del costado de Jesucristo, que es el vino preciosísimo de los fuertes? Si, Señores: ¿quereis una prueba sensible de esto? Pues entrad á esa devotísima capilla del Calvario, que fué la última edificada por nuestro sacerdote, y que nos representa por lo mismo lo que pasaba en lo más recóndito de su alma. ¿Qué veis en su altar principal? La imágen de nuestro amabilísimo Redentor, muerto en la cruz, y dejando que un bárbaro soldado le abra su pecho divino con una lanza, para que de él brote la sangre y el agua de nuestra salud. Este pasaje, pues, era el que tenía esculpido Luis en el altar mayor que había levantado á su Jesús en el fondo de su corazón: este misterio era el objeto de sus meditaciones continuas y fervorosísimas, y de aquí sacaba ese santo ardimiento, ese valor heroico para crucificarse y morir con su amado. Por esto, bastaba que por un breve rato